

En números anteriores hemos tratado la necesidad de la comunicación entre la pareja como medio indispensable para fortalecer su unión, ya que mediante la misma, cuando existe verdadero amor, es posible resolver crisis inevitables en la convivencia diaria, se comunican sentimientos, preocupaciones...en fin, se resuelven problemas y se concilian objetivos y metas que juntos se proponen alcanzar. No olvidar que la escucha es un elemento fundamental y que el tono, así como los gestos son, junto con el momento y lugar adecuados, según los estudios, tan o más importantes que las expresiones orales.

APRENDER A DIALOGAR ES APRENDER A AMAR

Por SALVADOR CASADEVALL

Hay que comprender y aceptar que la relación de amor entre esposos no es posible si no se comunican entre sí, si no se comunican sus deseos y anhelos, si no se manifiestan constantemente lo que quieren hacer de su vida.

Hay que tener conciencia que entre cónyuges hay que ser capaces de dialogar, aún sabiendo que habrá obstáculos y dificultades para lograrlo. Si se adopta con constancia la costumbre de dialogar frecuentemente y sinceramente, grandes serán las satisfacciones de una relación que se enriquece cuan más profundo sea el diálogo.

¿Cuántas voces oye cada uno de nosotros a lo largo del día?

El comentario apresurado del esposo que se va a trabajar, de los hijos que se van a la escuela, de la madre ayudando a que todo esté listo.

Las voces que nos llegan desde la radio o el televisor, las instrucciones que nos dan nuestros jefes en el trabajo y los comentarios de nuestros compañeros de oficina, el encuentro rápido con un vecino o un amigo, la voz impersonal de un vendedor, la breve llamada telefónica de un familiar.

Voces: voces que están en todo día. En fin, son múltiples las voces

que al final de un día intervienen en nuestra vida. Hay muchas voces humanas en nuestras vidas.

Y, sin embargo, hay poca oportunidad de diálogo, de comunicación verdadera de persona a persona. Los quehaceres y las prisas nos impiden este diálogo profundo.

Preguntémonos: de todo lo que he dicho y escuchado en el día de hoy ¿a quién le he dicho algo que verdaderamente me importa, a quién le he manifestado cómo soy, qué deseo, qué necesito? ¿Alguien me ha comunicado algo parecido?

Marido y mujer tienen muchas responsabilidades comunes.

Su quehacer diario les obliga a comunicarse cosas que son parte de la necesidad de vivir: como ama de casa, mis pocas palabras con el bodeguero, con la vecina... Las cuestiones que se hablan de la vida diaria casi no les dejan tiempo para dialogar como personas.

¿Cuánto hace que no tenemos una conversación como cuando éramos novios, cuándo pasábamos largos ratos diciéndonos cómo somos, qué esperamos de la vida, qué es lo que queremos construir juntos?

El diálogo entre personas es el principal alimento del amor.

No nos casamos con una persona que conociamos totalmente, sino con un ser al que amábamos,

que había comenzado a revelarse a nosotros y que, a lo largo de la vida de casados, se nos daría a conocer cada vez con más profundidad.

No se puede amar a quién no se conoce.

Si hoy, después de varios años de casados, no supiéramos del otro más de lo que sabíamos el día de nuestra boda, nuestro matrimonio estaría estancado, estaría viviendo el peligro de estar cada día más lejos el uno del otro.

Conociéndonos por un dialogar, tendríamos suficientes elementos para amarnos más, para resolver nuestras crisis y ayudarnos a crecer: también sabríamos cómo ser padres responsables.

Una de las trampas más peligrosas del matrimonio es llegar a pensar que mi cónyuge es lo que yo quiero que sea, que espera de la vida exactamente lo mismo que yo, que le alegran o entristecen las mismas cosas que a mí, que se sentirá satisfecha haciendo lo que a mí me complace. Esto es hacer al otro a mi imagen y semejanza. Y no debe ser así. Él es él, como ella, es ella.

Cuando el matrimonio no dialoga frecuentemente y con sinceridad sobre su vida, sus deseos, sus ilusiones, sus gustos, sus problemas, puede suceder que cada uno haga del otro una prolongación de

sí mismo. Y como esto no sucede, su vida está cada vez más lejos el uno del otro.

En vez de caminar juntos cada día están haciendo camino cada uno por su lado. Hay un proverbio chino que dice: *Solo, se llega rápido; acompañado se llega lejos*. Cuando se es dos, hay que llevarse el uno al otro; pero, al mismo tiempo, estamos llamados a tener en cuenta a la otra persona para avanzar juntos. Tentaciones no faltan para huir de esta exigencia del matrimonio; pero si superas la tentación, nadie te ganará en llegar lejos: la eternidad.

Lo que sucederá es que cada día crecerán las incomprensiones, los roces, las impaciencias y todo porque el otro no reacciona, no piensa y no hace como a mí me gustaría.

Imaginemos una escena: El marido contempla a la esposa y la ve tensa, malhumorada o triste y piensa confundido: “Cómo ha cambiado... no hay manera de darle gusto. No entiendo lo que le pasa.” Ella le mira de reojo, absorto en el periódico o la televisión, y piensa a su vez: “Ya no le importo. No encuentro qué debo hacer para complacerlo. Tal vez tiene demasiadas preocupaciones. Siento que ya se aburrió de mí.” Esta escena puede ser común en un matrimonio que lleva años de casados.

Cuando esta situación dura mucho tiempo el matrimonio está ante una amenaza muy real. Está caminando por una cornisa.

Claro que es natural que se tenga miedo, que uno piensa que ya ha pasado mucho tiempo para cambiar. Si de verdad se quiere llegar lejos estando juntos hay que ser valientes.

Cobarde es aquel que por miedo a las consecuencias se mantiene inmóvil frente al conflicto.

Temerario, el que subestima los peligros, toma decisiones sin importarle las consecuencias.

Valiente, en cambio, es el que conociendo los riesgos pone los me-

dios para superar con éxito las adversidades. (Aristóteles)

Si haces caso al sabio griego y pones voluntad, tu vida cambiará.

Si los esposos no ponen voluntad ambos acaban dando la razón a quienes opinan que es imposible que marido y mujer se entiendan de verdad y sigan haciéndose felices a los diez o veinte años de casados, cuando los hijos ya se han ido, cuando él o ella han cambiado tanto que ya ni se reconocen en su retrato de boda.

El pasado nunca muere, ni tan solo es pasado. (William Faulkner)

La memoria podrá estar escondida pero nunca borrada del todo

Y piensan con nostalgia en el día de la boda, en los primeros años de matrimonio: “Entonces sí que nos queríamos...” No se dan cuenta que el amor del día de la boda es como el vino nuevo, que necesita del paso del tiempo para mejorar su sabor. Hay que cuidarlo, darle el ambiente adecuado para que no se convierta en vinagre. Hay que entender de vinos para lograr que una cosecha envejezca debidamente. Hay que entender de amor para conseguir que la relación entre marido y mujer mejore con el tiempo, se vuelva más profunda y tome sabor. Otro sabor, pero sabor al fin.

Quien entiende de amor sabe que ninguna pareja se conoce totalmente, que el amor es una aventura de descubrirse diariamente, ir cambiando juntos, madurar, hacer de un *tú* y un *yo* un verdadero *nosotros*.

Esto no se puede hacer en silencio, ni conversando sólo sobre problemas

urgentes y temas superficiales. Tampoco se hace de una vez y de golpe: hay que avanzar siempre en el conocimiento mutuo, entenderse y ayudarse en las circunstancias de hoy, volver a decirse ese “sí” del día de la boda cada vez que encontramos un nuevo aspecto de la personalidad del otro, un matiz de su vocación, una cualidad o una debilidad que no habíamos percibido antes.

Las cosas más valiosas de la vida son las que cuestan. El diálogo cuesta mucho pero ofrece recompensas inmensas. Todos tenemos defectos que estorban el diálogo. Todos estamos demasiado encariñados con nosotros mismos y no siempre estamos dispuestos a cambiar.

El diálogo nos pide el esfuerzo de cambiar para responder mejor al amor de ese *tú* diferente que nos complementa, que nos acompaña, que nos ama.

Hay que encontrar el camino hacia el otro lado de la vida. (Ignasi Fossas)

El día de nuestra boda empezó nuestro casamiento. Hoy y cada día que vendrá debemos seguir casándonos.

